

## MANUEL DE TERÁN (1904-1984)

POR

JOAQUÍN BOSQUE MAUREL

Cúmplese en 2004 el Centenario del nacimiento de un gran maestro de la geografía española, Manuel de Terán Álvarez. Falleció hace ya veinte años, un tiempo transcurrido, dos décadas, suficiente, más que suficiente, para que tanto una persona, no siempre cualquier persona, y toda una obra, en principio, importante, hubiera caído en el olvido. Ha sido así en muchas ocasiones. Pero no en el caso de D. Manuel. Sigue vivo, y no sólo en el mero recuerdo de sus más próximos allegados, familiares, amigos íntimos, discípulos más próximos. D. Manuel está hoy, en su Centenario, tras ochenta años de una vida muy fecunda, por encima de los veinte años transcurridos desde su fallecimiento, presente, muy presente, en la ciencia española, académica o no, en la labor, la mejor labor, de toda la comunidad científica, en primer lugar, la geográfica, pero no menos en la dedicada a los estudios históricos y, en general, en todas las ahora llamadas ciencias sociales.

La razón, fundamental, más otras, menores, estuvo, decía su amigo y colega, D Amando Melón, en que «el ser de Terán..., ante todo y sobre todo, aparece dominado por la pasión docente». Y así, D. Manuel fue un maestro, un verdadero maestro, y, además, y, sobre todo, un hombre bueno, cordial, generoso, dialogante, entregado, un amigo dispuesto a todo, en fin, un hombre auténtico. Y ello, a pesar de los años, tan difíciles, y de las circunstancias, a veces penosas, en las que tuvo que vivir, y, en especial, que convivir con una sociedad oscura, ingrata, intransigente, autoritaria, que le marcó, como a tantos españoles, pero que no le doblegó ni le hizo transigir con la instulticia, la pedantería y la falsedad.

Manuel de Terán fue un maestro muy pronto. Apenas acabada su carrera universitaria, como Profesor, reconocido y recordado, en el Ins-

Estudios Geográficos, LXV, 257, 2004

— 589 —

tituto Escuela de Madrid, en los diversos Institutos de Bachillerato, desde el primero, de Calatayud, a los varios de la capital por donde tuvo que pasar y, sobre todo, en el Beatriz Galindo, última de sus sedes. Son muchos todavía, muchísimos, sus alumnos en esos centros que, inmersos en actividades y profesiones muy distintas y alejadas de las por él profesadas, le siguen admirando y le tienen presente como el excelente profesor que fue siempre y como la excelente persona que no dejó de ser nunca.

Aunque muchos de esos bachilleres a cuya formación contribuyó le siguieron a la Universidad —son bastantes los que todavía insisten que fue su persona y su docencia lo que les llevó a su Facultad de Letras, a continuar con su maestrazgo—, fueron aún más los que, tras seguir sus clases universitarias durante varios años, se sintieron alumnos suyos más allá de las aulas y mantienen en la memoria su elocuencia, sus conocimientos, su cordialidad, su humanismo serio pero afectuoso.

Y no faltaron —yo mismo fui uno de ellos— los que, más allá de la estricta enseñanza universitaria, en cursos de especialización, en las numerosas reuniones y congresos en los que su participación era obligada y siempre excelente, en meros encuentros y conversaciones más o menos buscados por su interlocutor y siempre aceptados por Terán pese a su tiempo tan pleno, sintieron su fuerte atractivo personal y científico y aprovecharon sus contactos más o menos esporádicos para sentirse también discípulos suyos, beneficiándose de sus ideas, originales y críticas, y de sus palabras serenas, cordiales, nunca «ex cátedra», pero plenas de experiencia y sabiduría.

Así, casi se podría decir que sus casi dos centenares de memorias de licenciatura y doctorado autorizadas por él son sólo una anécdota en su Maestría. Aunque, eso sí, el hecho de que su nombre figure en la dirección de tales memorias, les concede categoría de excelencia científica. D. Manuel no admitía el trabajo mal hecho, la indocumentación, la manipulación de los hechos, los fallos en la lectura y la incorrección en la expresión escrita. Sus varias y acertadas indicaciones, sus consejos matizados y siempre apropiados, su extraordinaria erudición y sus considerables conocimientos bibliográficos, su amplitud de miras, su exigencia de seriedad científica, su dominante preocupación por la verdad y la justicia, marcaban al discípulo y le facilitaban la validez y la profundidad de la investigación. Una validez contrastada por el mismo D. Manuel en los numerosos prólogos que precedieron a muchas de estas

memorias doctorales que fueron objeto de publicación, unas doce en total, quizás las más distinguidas pero no las únicas en su buen hacer.

Una maestría que aún aparece, y resalta, en los institutos geográficos, muy recortados en sus objetivos, no en su calidad, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El Instituto «Juan Sebastián Elcano», uno de los primeros que se crearon dentro del CSIC, el mismo año, 1940, en que este último comenzó sus tareas, recibió muy pronto la impronta de Terán, primero y siempre, durante toda su vida, como colaborador frecuente en los índices de su revista *Estudios Geográficos*, en la que se inicia en 1942 con un artículo pionero sobre la geografía urbana española, *Calatayud, Daroca y Albarracín*, y que finaliza en la coordinación y publicación, en 1981, de *Madrid: Estudios de Geografía urbana*, una buena varia —una expresión del mismo D. Manuel— geográfica en la aparece su firma al lado de la de algunos de sus mejores colaboradores en el «Elcano».

Entre ambos estudios, coincidiendo con sus cargos de Secretario de tal revista desde 1944 hasta 1972, de Vicedirector, entre 1974 y 1976, y, finalmente, de Director, primero titular y luego honorario, hasta 1984, el año de su muerte, hubo un largo tiempo en el que Terán fue una pieza fundamental en el funcionamiento del Instituto «Juan Sebastián Elcano» y de su revista. En esta, su firma es una constante: entre 1942 y 1984: en *Estudios Geográficos* se publicaron diecisiete artículos, treinta y una notas y comentarios, tres traducciones y treinta reseñas bibliográficas, varios centenares de páginas. Muchas de ellas básicas en la geografía española.

Y no cabe obviar su producción anterior a *Estudios Geográficos* en otras publicaciones periódicas, en la *Revista de Occidente* y en *Africa*, portavoz del Instituto de Estudios Africanos, y el que su obra siempre bien hecha fuese compartida con la propia del «Elcano» en las *Revistas de la Biblioteca, Archivo y Museo Municipales*, de *Estudios de Administración Local* y la *Universidad de Madrid*, en el *Archivo del Instituto de Estudios Africanos*, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* e, incluso, en la *Revue de Géographie de Lyon*.

Y aún tuvo tiempo para escribir catorce libros de diferente temática, entre los que descuella por su originalidad y calidad *Imago Mundi* (1952), una modélica geografía universal, junto a otras menores en páginas no en valor, como *La epopeya polar* (1943), e intervenir como director y / o coordinador, en varias ocasiones junto a su gran amigo

sos amigos y alumnos suyos en representación de todas aquellas instituciones en las que se había visto involucrado a lo largo de su vida, centros de enseñanza universitaria y de bachillerato, academias, sociedades científicas. Y, algo después, en 1987, una publicación doble, que en su primer volumen, tras analizar la obra y la vida del Maestro por algunos de sus discípulos más inmediatos, trató de dar una visión tanto de la Geografía a nivel mundial como del desarrollo alcanzado hasta ese momento por la Geografía española, abriendo el segundo a la libre decisión temática de los más de un centenar de científicos que deseaban aproximarse a D. Manuel de Terán.

Llegando así, en su Centenario, a un recuerdo, a una memoria, aún vivos, plenamente vivos, de un extraordinario profesor, un excelente investigador y, en último término, una gran persona, un ciudadano honesto, un hombre de bien. De alguien que tanto hizo no sólo por la ciencia geográfica, sino también, e importa mucho, por el Instituto «Juan Sebastián Elcano» de Geografía, antecedente inolvidable del actual Instituto de Economía y Geografía del CSIC: Y cabría insistir, y terminar, parafraseando unas palabras de su amigo Julián Marías en la recepción de D. Manuel de Terán en la Academia de la Lengua: los geógrafos españoles hemos recibido y estamos obligados a mantener «la cosecha de una vida que parece haber consistido en prepararse para hacer en un amplísimo frente, y con el mismo espíritu, la tarea común que nos une».

que fue seguido y ha sido recordado por personas que posteriormente alcanzaron un importante nivel universitario. Más tarde, hacia 1960, conoció y se preocupó, coincidiendo con Max Sorre, acerca de la relación entre la Sociología y la Geografía. Poco después, finales de los sesenta, se enfrentó, tras diversas lecturas de Rostlund, Levi-Strauss, Glacke, Sauer, Mars y otros, con el problema de la defensa de la naturaleza y las políticas a ello dedicadas. Y su preocupación e interés por la Ciudad le llevó a colaborar en los primeros años sesenta a colaborar con la Dirección General de Urbanismo en numerosos Planes de Ordenación Urbana, Gran Bilbao, Sevilla, Vigo, Área Metropolitana de Madrid, entre otros. Temas todos escasamente conocidos entonces no sólo por los geógrafos sino por los diferentes científicos sociales, y a los que, como en otros casos, la Geografía de la percepción, por ejemplo, o las implicaciones de la ciudad en la vida moderna (1966), estuvo siempre atento dentro de un aguzado sentido crítico en el que la novedad por la novedad estaba excluida.

La personalidad y la valía intelectual, muy pronto apreciada entre los especialistas de la Geografía, fue también resaltada enseguida por lo mejor de la sociedad científica. En su plenitud vital fue objeto de diversos Homenajes, uno, muy plural en las personalidades que contribuyeron a él y aparecido en un doble volumen monográfico de sus *Estudios Geográficos* (1975) y, un segundo, que precedido por unas páginas de aproximación a su vida y sus obras suscrito por el firmante de estas líneas, recoge una parte, mínima pero significativa, de su producción sobre *Pensamiento geográfico y Espacio regional en España*, y, que coincidió en 1982 con la entrega por el Rector de la Universidad Complutense de la Medalla de Oro de la primera institución universitaria española. Unos actos de merecido reconocimiento que coincidieron temporalmente con su ingreso, primero, en la Real Academia Española en 1977 y, algo después, en la Real Academia de la Historia en 1980.

Su fallecimiento, inesperado, el 7 de mayo de 1984, provocó un verdadero aluvión de escritos, lamentando su pérdida y analizando y valorando su obra, en torno a una treintena tanto en la prensa diaria como en revistas científicas nacionales y extranjeras. Además, la misma Universidad Complutense, con el apoyo intelectual de un numeroso conjunto de profesores españoles y extranjeros, entre los más destacados del momento, preparó un Homenaje doble. Primero, un acto celebrado en el mismo año de su muerte, en el que intervinieron numero-

sos amigos y alumnos suyos en representación de todas aquellas instituciones en las que se había visto involucrado a lo largo de su vida, centros de enseñanza universitaria y de bachillerato, academias, sociedades científicas. Y, algo después, en 1987, una publicación doble, que en su primer volumen, tras analizar la obra y la vida del Maestro por algunos de sus discípulos más inmediatos, trató de dar una visión tanto de la Geografía a nivel mundial como del desarrollo alcanzado hasta ese momento por la Geografía española, abriendo el segundo a la libre decisión temática de los más de un centenar de científicos que deseaban aproximarse a D. Manuel de Terán.

Llegando así, en su Centenario, a un recuerdo, a una memoria, aún vivos, plenamente vivos, de un extraordinario profesor, un excelente investigador y, en último término, una gran persona, un ciudadano honesto, un hombre de bien. De alguien que tanto hizo no sólo por la ciencia geográfica, sino también, e importa mucho, por el Instituto «Juan Sebastián Elcano» de Geografía, antecedente inolvidable del actual Instituto de Economía y Geografía del CSIC: Y cabría insistir, y terminar, parafraseando unas palabras de su amigo Julián Marías en la recepción de D. Manuel de Terán en la Academia de la Lengua: los geógrafos españoles hemos recibido y estamos obligados a mantener «la cosecha de una vida que parece haber consistido en prepararse para hacer en un amplísimo frente, y con el mismo espíritu, la tarea común que nos une».